

## UN SOLITARIO PASEA POR MADRID

*Caminando por las calles y recordando una isla quizá imaginaria, el solitario, que acaba de regresar a su ciudad natal, llega a la Torre del Agua.*

La isla crece a mi alrededor como una melodía.  
 Va conmigo donde voy, me acompaña  
 como un pensamiento, como una ola de tiempo y luz.  
 A veces sueño que mis manos  
 todavía están allí. Manos verdes, deslavazadas,  
 transparentes,  
 tocando puertas soñadas, reflejos en espejos enterrados.  
 Dime, ¿qué es un espejo en una habitación cerrada?,  
 ¿un recuerdo olvidado  
 en la habitación oscura del pensamiento? ¡He perdido  
 tantas  
 cosas para siempre! Pero ahora camino por el leopardo  
 de sol extendido en las aceras, a la sombra abstracta  
 de las acacias, y mi tristeza ya no es como la de entonces,  
 un deseo ácido de cosas intangibles. Es la nostalgia de  
 haber perdido  
 algo que jamás tuve. Es un saberse hundido  
 hasta el fondo verde donde ya nada habita. Es desear  
 volver.  
 La isla vive conmigo. Arquitectura de mis ojos entre las  
 ramas  
 soleadas. Ramas como brazos de muchacha, bajo  
 románticas  
 bandadas de vencejos. Aquí y allá, distantes recuerdos.  
 Lllamaradas.  
 Una estatua blanca entre cipreses, y por encima una  
 cuesta herbosa y empinada

y una antena gigantesca, sostenida con estays de acero,  
cerca de la Torre del Agua.  
Una galería de ladrillo suspendida entre dos edificios de  
estilo  
internacional, entre álamos y liquidámbar, sostenida  
por...  
nada, aparentemente. Y una urraca que vuela sobre los  
álamos  
como en busca de su propia sombra. Pero solo las cosas  
reales dejan sombra. La estatua deja sombra. La galería  
suspendida  
deja sombra. Hasta los cristales de la galería dejan  
sombras que son reflejos, reflejos de sombras, sombras  
reflejadas. Pero ¿qué sombra dejaré yo, el espíritu sin  
fundamento  
de estos pasajes, de estas apariciones y desapariciones?  
He hablado, he buscado, me he cansado en el mundo.  
Pero el mundo  
ha sido para mí como una fiesta vacía.

Nostalgia de lo que nunca fue. Cansancio de tanta belleza  
innumerable. Irisación del tiempo en el arco del ciego  
pensamiento.  
Libación de abejas diminutas en el cristal transparente de  
flores  
anaranjadas, tenues y jóvenes como el misterio del mundo.  
Y tú, ¿pasas, sombra mía? ¿Y te buscas en estas calles mil  
veces  
recorridas, más veces soñadas? ¿A quién buscas? ¿A ti  
misma?  
¿Acaso no sabes que no hay nada que buscar en este palacio  
de pasos perdidos, en esta avenida de árboles y espejos?  
¿Acaso no escuchas al fondo de las calles un cortejo  
funeral?

Es el arpa de la Novena Sinfonía dibujando  
su canto de cuatro notas. Sí, allí lejos pasa la Muerte. Tú  
la ves  
muy hermosa, adornada de granadas. Pero en realidad es  
solo polvo,  
mierda y silencio. Todas las cosas lejanas parecen  
hermosas.  
Pero solo son hermosas cuando están lejos.

La Torre del Agua se eleva con sus extraños mosaicos y  
sus curiosos  
arcos inscritos, sus ventanas circulares y sus materiales  
fantásticos.  
Tú recuerdas, quizá, la gran Arca de Agua de Alejandría.  
Arquitectura de los ojos, sendas que viven girando  
suavemente en la  
interior coroides, Madrid en una lente. El interior del  
párpado  
es de color ciruela (dice Nabokov). Una urraca pasa  
flotando  
sobre un estay que brilla con un rizo-rizoma de glicina  
enredado.  
Entras en la Torre del Agua, y de pronto la vida es  
aventura,  
el tiempo un álbum de rocas, flores y animales, el aire un  
clima  
de una región más adolescente que adulta. Tales son los  
encantos  
del espacio, la multiplicación del día. ¡Estás, comprendes  
entonces,  
en una galería de exposiciones! Así termina todo, las casas  
encantadas,  
los jardines con tumbas escondidas, las salas de los  
envenenadores.

Es posible que también transformen tu cráneo en una sala de exposiciones. Sería bonito con algunas caléndulas.

Pero, como eres dócil,  
entras y recorres las salas, que no te interesan. Hay folletos que no deseas, información que no necesitas y muchas, muchas normas estúpidas. Deberías salir de este lugar odioso. Hay que pasar por un arco. Un guardia de seguridad. Yo no pedí nacer. Yo no pedí entrar aquí. ¿O quizá sí lo pedí? No lo recuerdo.



*Gustav Mahler: comienzo de la Novena Sinfonía. En el recuadro, las cuatro notas del arpa*

2

PEQUEÑAS REBELDÍAS DEL SOLITARIO

*En la exposición de la Torre del Agua, el solitario se siente atraído por una joven.*

Mi nombre es Narciso. Todo lo que he visto desde que nací no es otra cosa que mi mismo rostro. Pero ¿cuál era el verdadero nombre de Narciso? ¿Hemos de creer

que se cayó, literalmente, dentro de sí mismo? ¿Que se  
ahogó  
en su reflejo? Cuando fueron a buscar su cuerpo, solo  
encontraron  
una flor amarilla al borde del agua... ¡Creyeron que esta  
flor  
era el muchacho! Pero nadie puede transformarse en flor.  
Sería demasiado fácil. No es ese el estilo de la realidad.  
Nada sucede  
así en nuestro mundo.  
Caballero, por favor, no se acerque tanto a las fotos, me  
dice  
un guardia muy aburrido. Y yo pienso en decirle algo  
sobre su madre  
o su hermana. Caballero, no se puede salir por ahí. Sí se  
puede, digo yo,  
mire cómo salgo. Es la puerta de entrada, caballero. Haga  
el favor.  
Compórtese. Si todos nos ponemos a hacer lo que nos dé  
la gana...  
Sería el paraíso, digo yo. Pero usted, claro, no podría  
estar allí.  
Seguiría aquí controlando la puerta de entrada y la de  
salida.  
Esto último no lo digo, solo lo pienso. Ah, si fuera posible  
saltar al propio reflejo, hundirse en la infinita ilusión que  
es uno mismo  
y perderse en el vasto Reino, transformado  
en tallo, cáliz, sépalo, corola, estambre, gineceo, polen,  
rocío.  
Me piden mi nombre y dirección y muchos otros datos  
que yo  
no quiero dar. Es para tenerme en su banco de datos, me  
dicen,

información confidencial. La joven de la salida me mira  
con una  
mezcla de incredulidad y de lástima que resulta muy  
sexy.  
Me gusta su uniforme índigo, sus zapatos de tacón, su  
chaqueta  
entallada. Debe de tener una noventa y cinco, al menos,  
letra C. Los labios  
pintados de frambuesa. Las uñas, a juego. Me encantaría  
ver su vagina. Esa V partida por la mitad. Esa partición  
maravillosa.  
Está allí, en algún lugar, pero celosamente guardada. Los  
dos  
sabemos que está allí, pero fingimos no saberlo. Imposible  
siquiera soñar con ello. Salgo de nuevo a la luz. El día  
feliz, la urraca  
posada en el estay. Estoy vagamente excitado. Me vuelvo a  
observarla.  
Ella se mira las uñas, aburrida, la muchacha de la Torre  
del Agua.  
Entonces, de pronto, se vuelve, me mira, y en sus ojos hay  
un rayo  
lleno de oscuridad y de melancolía,  
un rayo negro, una luz azul que se eleva  
a través de mis pupilas en edificios de la Muerte  
coronados de llamas. Veo su alma, un cisne  
que vuela entre camelias. Esto, me digo, es la belleza,  
este deslumbramiento, este terror. Esta ciudad  
de sangre blanca, este árbol que llena todo el espacio,  
del que caen lentas gotas de espuma.  
*O quam te memorem virgo?*, pienso cuando ella  
aparta los ojos. Hasta su aburrimiento es hermoso.  
La urraca grita entonces. Grita desde la Realidad.  
*Entonces comienza.*